

EL PENSAMIENTO DE

L. Wittgenstein

— UNA PRESENTACIÓN —

COLECCIÓN  ACADEMIA

EL PENSAMIENTO DE
L. Wittgenstein
— UNA PRESENTACIÓN —

SEGUNDA EDICIÓN

Juan José Botero Cadavid
EDITOR

EDITORIAL
aula
DE HUMANIDADES

Centro Editorial
Facultad de Ciencias Humanas
Sede Bogotá



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Bogotá, D. C.

2020

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

El pensamiento de L. Wittgenstein : una presentación / Juan J. Botero, editor. – Segunda edición. – Bogotá : Editorial Aula de Humanidades, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, 2020.
302 páginas : ilustraciones en blanco y negro. – (Colección Academia)

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo e índices temático y onomástico

ISBN 978-958-794-184-5 (rústica). – ISBN 978-958-794-185-2 (e-book). –

1. Wittgenstein, Ludwig, 1889-1951 – Crítica e interpretación 2. Análisis filosófico 3. Lenguaje y lógica 4. Filosofía moderna – Siglo XX 5. Filósofos – Austria 6. Filosofía austriaca – Historia y crítica I. Botero Cadavid, Juan José, 1952-, editor III. Serie

CDD-23 193 / 2020

*El pensamiento de L. Wittgenstein:
Una presentación*

Colección Academia
Segunda edición, 2020
ISBN (PAPEL): 978-958-794-184-5
ISBN (DIGITAL): 978-958-794-185-2

© Juan José Botero Cadavid, Jorge Aurelio Díaz, Alfonso Flórez, Magdalena Holguín, Raúl Meléndez, Jaime Ramos Arenas, Carlos Alberto Cardona, Felipe Castañeda.

© Primera edición 2001, Unibiblos:
Universidad Nacional de Colombia

© Segunda edición 2020, Editorial
Aula de Humanidades

© Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá
Facultad de Ciencias Humanas

Editor, Juan J. Botero

**Comité editorial de la Facultad de Ciencias
Humanas de la Universidad Nacional de Colombia**

Luz Amparo Fajardo Uribe · Decana
Nohora León Rodríguez · Vicedecana Académica
John Williams Montoya · Vicedecano
de Investigación y Extensión
Jorge Aurelio Díaz · Director de
la revista *Ideas y Valores*
Gerardo Ardila · Director del Centro
de Estudios Sociales - CES
Rodolfo Suárez · Representante
de las Unidades Académicas

**Diseño original de la Colección
Academia · Diego Quintero**

**Preparación editorial
Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas**
Rubén Darío Flórez · Director
Laura Morales González · Coordinación editorial
Juan Carlos Villamil · Diseño de cubierta,
coordinación gráfica y maquetación
Editorial Aula de Humanidades · Corrección de textos

editorial_fch@unal.edu.co
www.humanas.unal.edu.co

IMPRESIÓN: Xpress Estudio Gráfico y Digital sas

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Contenido

PREFACIO A LA 2ª EDICIÓN

13

INTRODUCCIÓN

ESBOZO DEL PENSAMIENTO DE WITTGENSTEIN

Juan José Botero

15

El *Tractatus*

23

Las *Investigaciones Filosóficas*

29

LA NATURALEZA DE LOS AFORISMOS DEL TRACTATUS

LOGICO-PHILOSOPHICUS

Carlos Alberto Cardona Suárez

39

Los aforismos del *Tractatus* carecen de sentido

48

Los aforismos del *Tractatus* son elucidaciones

59

CRÍTICA DEL LENGUAJE, LÓGICA Y ÉTICA EN

EL TRACTATUS LOGICO-PHILOSOPHICUS

Raúl Meléndez

73

El punto central del *Tractatus*

76

Las interpretaciones “lógicas” y “éticas” del *Tractatus*

79

La infabilidad de la lógica y la ética

90

WITTGENSTEIN: LA LÓGICA DE LA ILUSIÓN

Magdalena Holguín

101

La lógica de la ilusión según el *Tractatus*

104

Forma gramatical y forma lógica	105
Filosofía y ciencia	106
Método	108
La lógica de la ilusión: Los escritos posteriores	108
Apariencia y realidad	109
“La esencia se expresa en la gramática” (<i>Investigaciones Filosóficas</i> , § 371)	110
Juegos de lenguaje	112
Las herramientas del método	113
Claridad	115
JUEGOS DE LENGUAJE Y SIGNIFICADO	
<i>Alfonso Flórez</i>	
	121
La esencia del lenguaje humano según la imagen agustiniana	123
La imagen agustiniana de la esencia del lenguaje humano	126
“Cinco manzanas rojas”	127
La tribu de constructores	128
Juegos de lenguaje	130
Juegos y lenguaje	134

Significado

136

VER UN PATO Y VER UN PATO COMO LIEBRE:

WITTGENSTEIN Y LA INTERPRETACIÓN

Felipe Castañeda

143

Parámetros generales de análisis

149

Planteamiento del problema

150

Ver algo no es *representarse* algo

152

El *ver* condicionado vs. el *ver real*

155

Ver e interpretar

159

El *ver* condicionado y arbitrario

165

Bibliografía

169

WITTGENSTEIN: DEL ATOMISMO AL HOLISMO

LÓGICO. FILOSOFÍA DE LAS MATEMÁTICAS

Carlos Alberto Cardona Suárez

171

GRAMÁTICA DE LAS PROPOSICIONES MATEMÁTICAS

Raúl Meléndez

195

Gramática filosófica y matemáticas

198

Analogías desorientadoras entre las proposiciones matemáticas y las descriptivas o empíricas

200

El platonismo o realismo matemático

201

Empirismo matemático. La relación entre
las matemáticas y el mundo empírico
208

Críticas al intuicionismo matemático *à la* Heyting
211

Las proposiciones matemáticas como normas
de descripción
214

CONFUSIONES GRAMATICALES ACERCA DE LO MENTAL

Jaime Ramos Arenas

221

Los problemas filosóficos como confusiones gramaticales
223

La confusión del dualismo
225

Acerca de la clasificación de los conceptos psicológicos
230

La supuesta privacidad esencial de la vida mental
236

LA NOCIÓN DE “IMAGEN DEL MUNDO” (IM)

Juan José Botero

245

La imagen del mundo
248

WITTGENSTEIN Y LA RELIGIÓN

Jorge Aurelio Díaz

265

Las tres lecciones sobre creencia religiosa
270

Controversia entre Norman Malcolm y
Peter Winch
285

Bibliografía
289

LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

291

ÍNDICE TEMÁTICO

295

ÍNDICE ONOMÁSTICO

299



CONTEUTACIONES

PENSAMIENTOS

MUNDO

SOBRE LO QUE
NO PODEMOS
HABLAR, DEBEMOS
GUARDAR SILENCIO.
WITTGENSTEIN
BY ARTE
24/12/12

Arturo Espinosa / CC BY

Prefacio a la 2ª edición

EN EL AÑO 2001 SE PUBLICÓ la primera edición del presente libro con el escueto título *El pensamiento de L. Wittgenstein*, en la editorial Unibiblos de la Universidad Nacional de Colombia. Su publicación fue hecha en el marco de los eventos que se realizaron para conmemorar los 50 años del fallecimiento de Ludwig Wittgenstein. En esa ocasión se llevaron a cabo numerosas manifestaciones, entre ellas un curso introductorio al pensamiento de este filósofo austríaco, el cual estuvo concebido para un público no especializado en el tema, aunque sí medianamente informado. De ese curso introductorio resultaron los capítulos para la publicación del libro.

La primera edición se agotó rápidamente, en parte debido a que se trató de una publicación con ejemplares limitados. Desde entonces se han recibido numerosos informes que dan cuenta de su amplia utilización en diversos niveles del ámbito educativo, tanto formal como informal, lo cual ha llevado a los editores a pensar que se trata de un texto cuya utilidad aconseja publicarlo nuevamente en esta segunda edición.

Los autores de los capítulos que conforman este texto han considerado conveniente mantener casi intactos sus contenidos y su forma, teniendo en cuenta sus objetivos primariamente didácticos. Solamente se han hecho algunas correcciones menores y, en algún caso, se ofrece una breve explicación de cómo han podido variar algunas de las ideas del autor del respectivo capítulo en el tiempo transcurrido desde entonces.

Parece superfluo subrayar la importancia filosófica y, en general, cultural del pensamiento de Ludwig Wittgenstein en nuestro tiempo. La numerosa bibliografía dedicada a sus obras, a su legado e incluso a

su personalidad, por momentos indescifrable, son suficiente testimonio de ello.

Quien se acerque a este volumen con el propósito de adquirir familiaridad con este pensamiento original, por momentos brillante y definitivamente influyente, encontrará unos textos escritos pensando en un lector interesado, quizás en posesión de alguna información sobre Wittgenstein, pero en ningún caso especialista en el tema. No se trata, pues, de textos destinados a prolongar discusiones académicas de exégetas o filósofos especializados, aunque tampoco se tenga como propósito eludirlos. La intención es más bien la de propiciar un acercamiento, desprevenido y confiado, a una manera de pensar y de hacer filosofía cuya influencia no deja de crecer con el tiempo y que contribuirá seguramente a darle forma a algunas de las discusiones filosóficas que se avecinan.

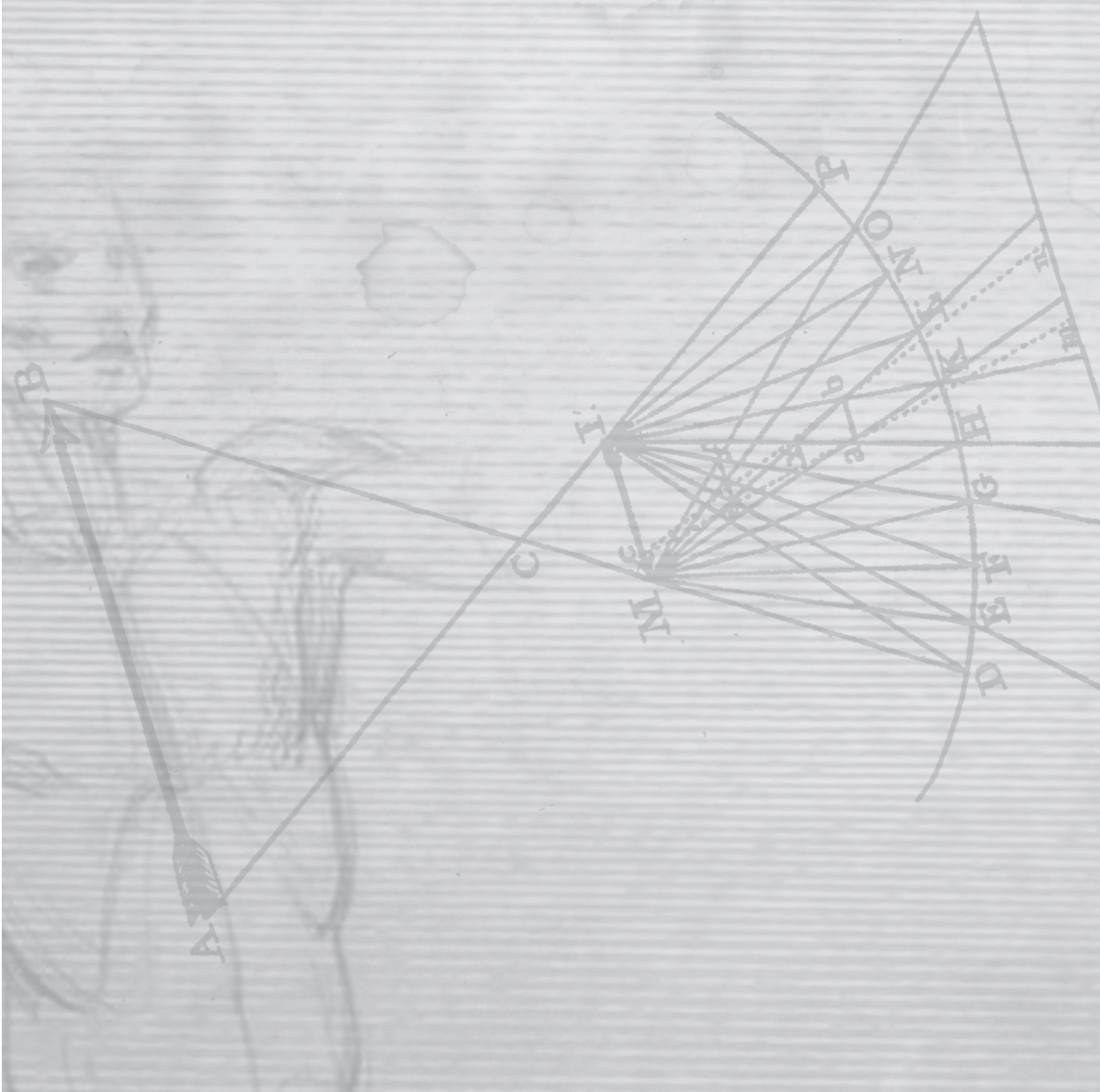
Bogotá, noviembre de 2018

INTRODUCCIÓN

Esbozo del pensamiento de Wittgenstein

JUAN JOSÉ BOTERO

Universidad Nacional de Colombia



EL 29 DE ABRIL DE 1951 fallecía en Cambridge, en casa de su médico el Dr. Bevan, Ludwig Wittgenstein, a quien quisiera considerar (y no sería el único en hacerlo) como “el filósofo más influyente del siglo XXI”. La importancia de este personaje, no solamente en los círculos académicos o filosóficos, sino también en el mundo intelectual y de la cultura en general, justifica ampliamente el que se hayan reunido aquí unos textos que pretenden contribuir a hacer accesibles a más amplios auditorios el pensamiento de este filósofo que, aunque *sui generis* tanto en su vida como en su escritura y en sus ideas, es ante todo un filósofo que hizo filosofía queriendo hacer filosofía durante toda su vida.

Desde luego, la importancia de Wittgenstein tiene mucho que ver con su actividad filosófica. Pero la amplitud que ha cobrado su reconocimiento por fuera del ámbito estrictamente filosófico tiene que ver también con otros factores. Uno de ellos, me parece, es la personalidad misma de Wittgenstein y algunas anécdotas que se han ido conociendo acerca de su vida, su visión de la vida y su manera de vivir. La otra tiene que ver con su modo personal de entender y practicar la filosofía, el cual en muchos casos es fuente casi inevitable de inspiración, y en otras, hay que lamentarlo, de confusión.

La vida de Wittgenstein es tan interesante que los datos principales de su biografía han pasado a ser casi de conocimiento común por quienes han sentido aunque sea un mínimo interés por este filósofo. Por esta razón, no procederé a hacer un recuento biográfico, sino solamente a recordar algunos hitos importantes para situar su pensamiento. Ludwig era el menor de los nueve hijos de un acaudalado industrial austriaco del acero, de ancestros judíos, aunque el abuelo había abrazado el protestantismo

dos generaciones atrás. Con una suerte que algunos le envidiamos, el pequeño Ludwig no tuvo que ir al colegio sino hasta los catorce años, según la costumbre de ciertas familias por aquella época. Estudió ingeniería en Berlín y se trasladó a Manchester, Inglaterra, a los 19 años, donde, al parecer, alcanzó a diseñar, construir y probar exitosamente un motor de propulsión a chorro, en momentos en que la aeronáutica apenas estaba dando los primeros pasos. Su interés por las matemáticas con las que debía lidiar en sus investigaciones de ingeniería, lo llevó a leer los *Principios de la Matemática*, de Bertrand Russell y, gracias a ellos, a enterarse de la existencia del filósofo y lógico alemán Gottlob Frege, quien enseñaba en la ciudad alemana de Jena y había abordado, mucho antes que Russell, la tarea de encontrar un fundamento a las matemáticas.

Gottlob Frege es generalmente considerado, al lado de Aristóteles, como el lógico más importante de todos los tiempos. Sus trabajos no solamente marcaron una completa y revolucionaria renovación de la lógica que, al decir de Kant a finales del siglo dieciocho, no se había modificado desde Aristóteles, sino que influyó decisivamente en las discusiones que se dieron en el siglo xx sobre los fundamentos de las matemáticas. Sin proponérselo, determinó también una reorientación crucial en la manera de abordar el trabajo filosófico en un amplio sector de la filosofía occidental. A esta reorientación filosófica se la conoce con la expresión, ciertamente vaga y no muy esclarecedora, de “filosofía analítica”. Generalmente se reconoce como pilares de esta manera de hacer filosofía a Frege, a Russell, y al propio Wittgenstein. El aspecto crucial del trabajo de estos tres autores que los constituye en renovadores y “padres” de la filosofía analítica, es el haber volcado el interés de la indagación filosófica hacia el análisis lógico de los enunciados. Este punto de quiebre fundamental se hizo posible precisamente gracias a la renovación de la lógica clásica aristotélica. Esta renovación ocurrió en el interior del trabajo mismo de fundamentación de las matemáticas, pues tanto Frege como Russell pensaban que las matemáticas elementales, o la aritmética, podían reducirse a la lógica. Es decir, que podía reconstruirse la aritmética utilizando para ello solamente nociones y principios de la lógica.

Es natural pensar que una inteligencia tan aguda y curiosa como la del joven Wittgenstein se viera estimulada por las propuestas de Russell y Frege. Decidió entonces visitar a Frege en Jena en 1911, diciéndole que había ido a verlo motivado por lo que Russell decía de él. Frege le aconsejó, dado su interés por los problemas de la lógica, que aprovechara su estancia en Inglaterra y estudiara con Russell en Cambridge. Entre 1912 y 1913 Wittgenstein asistió, primero como estudiante y luego como graduado,

a los cursos de Russell y de su amigo George Moore. Sobre la impresión que el joven Ludwig causó en sus dos maestros hay muchos testimonios, que se pueden resumir en los siguientes, debidos a Russell: conocer a Wittgenstein “fue una de las más excitantes aventuras” de su vida, confesaría años más tarde. Wittgenstein —también diría— tenía “fuego, penetración y pureza intelectual en un grado extraordinario”. De él dijo lo que todo maestro ansía poder decir de sus alumnos: “Muy pronto sabía todo lo que yo tenía que enseñarle”. Sin embargo, la relación entre ambos no fue del todo fácil. Wittgenstein dejó rápidamente de ser su alumno para convertirse en un par, y en un par a veces tremendamente crítico de su maestro. De hecho, retrasó considerablemente la elaboración de unas conferencias que Russell debía pronunciar en Boston en 1914 sobre teoría del conocimiento porque encontraba completamente erradas tanto su concepción como su argumentación.

Wittgenstein compartía con Russell, de quien la había aprendido, la idea de que los enunciados del lenguaje en general, y particularmente los filosóficos, escondían bajo su forma gramatical superficial una forma lógica que era la que debía tomarse en cuenta para evaluar su verdad o su falsedad. La tarea de la filosofía, por consiguiente, debía consistir en sacar a la luz esta forma lógica, en “desenmascarar a los farsantes”, como dijo Russell, y para ello la nueva lógica matemática desarrollada por Frege y Russell, y en parte también por Wittgenstein, era la herramienta ideal. Para Wittgenstein esto fue como una revelación que él mismo contribuyó a forjar. La filosofía no era ya concebible para el joven vienés como un cuerpo de doctrina, ni como un sistema teórico explicativo, sino simplemente como *una actividad de un cierto tipo*: el análisis lógico de enunciados. Al tener plena claridad sobre qué es lo que debe hacer el filósofo cuando hace filosofía: el análisis lógico; y al contar ya con el instrumento ideal para hacerlo: la lógica matemática, se disponía entonces de todo lo necesario para resolver todos los enigmas y problemas que se le presentaran a la filosofía. Los desacuerdos con Russell se debieron precisamente a que éste no era consecuente con esta nueva posición. De hecho, las conferencias Lowell que debía leer en Boston se apartaban por completo de este camino, puesto que en ellas Russell pretendía hacer aquello que, desde esta perspectiva, presuntamente no debía y no podía hacerse: una teoría filosófica del conocimiento.

De las conversaciones con Russell en Cambridge y de sus propias reflexiones llevadas a cabo en la soledad de una cabaña que se hizo construir en Noruega, Wittgenstein había recogido unas notas en unos cuadernos que llevaba siempre consigo. En 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, se alistó como voluntario en el ejército austriaco y fue

enviado al frente oriental. Luego de una de las campañas fue trasladado a hacer un curso de oficial a la ciudad de Olomouc, hoy en territorio de la República Checa, donde trabó una fuerte y profunda amistad con un joven arquitecto, oriundo de la localidad y quien se encontraba recuperándose de sus heridas: Paul Engelmann. Coincidentemente, los dos jóvenes atravesaban por un período de hondas preocupaciones religiosas, lo cual los llevó a sostener largas conversaciones en las cuales compartieron sus experiencias y reflexiones al respecto. Cuando Wittgenstein fue enviado al frente sur, en el Tirol, y fue hecho prisionero por los italianos, pudo escribir en sus cuadernos las ideas y reflexiones compartidas con su amigo Engelmann. Durante el tiempo de su cautiverio en Monte Cassino reunió sus notas y las pulió para dar origen al único libro que publicó en vida, y que es uno de los textos clásicos de la filosofía de todos los tiempos: el *Tractatus Logico-Philosophicus* (TLP).

Esta obra recoge las reflexiones de Wittgenstein, conjugando dos aspectos en apariencia incompatibles: sus ideas sobre la lógica, bastante técnicas, y sus reflexiones sobre la religión, la ética, la estética, lo místico, en fin, todo lo que parece escapar a la lógica y que, sin embargo, constituye lo realmente importante en la vida de las personas. Algo que se inició como un tratado de lógica, por efecto de las experiencias vividas durante la guerra, se amplió para incluir una serie de reflexiones ajenas a este tema. El resultado es uno de los rasgos que hacen tan interesante a esta obra: una vez establecido en qué consiste la tarea filosófica —revelar la forma lógica de los enunciados— se encuentra en los textos de filosofía multitudes enunciados cuya forma lógica es deficiente, pues ella no permite determinar su verdad o falsedad. Estos enunciados, por una parte, no tienen sentido cognoscitivo, es decir, no nos dan ningún conocimiento sobre los hechos del mundo. Pero, por otra parte, muchos de ellos se refieren a cosas que son de la mayor importancia en la vida de las personas: plantean cuestiones de ética, de estética, etc. Así pues, es preciso establecer cuál es su alcance y cuál es su sentido. Como no son enunciados que describan nada del mundo, no se refieren al mundo. Y como de lo único que se puede hablar con sentido cognoscitivo es del mundo, ellos hablan de aquello de lo que no se puede hablar. La lección para los filósofos es muy clara: limítense a hacer análisis lógico de enunciados, pues del mundo hablan los enunciados descriptivos de las ciencias, y del resto... no se puede hablar descriptivamente. En consecuencia, acerca de todo lo demás hay que callar.

Después de haber encontrado estas claves, para Wittgenstein era claro que no había mucho más que hacer en filosofía. Durante varios años, hasta 1929 aproximadamente, probó suerte con otras actividades,

incluida la arquitectura al lado de su amigo Engelmann. Pero finalmente retornó a Cambridge y a la filosofía. Y lo que hizo a partir de entonces contradecía y criticaba casi completamente las conclusiones del *TLP*. ¿Qué había pasado?

Pasó que Wittgenstein se dio cuenta de las limitaciones y errores de sus ideas iniciales. El lenguaje no es solamente el lenguaje descriptivo de los hechos que utilizan las ciencias. El lenguaje común que utilizamos todos los días es sumamente variado, impreciso, casi siempre incluso vago y, sin embargo, nos sirve maravillosamente para realizar todas nuestras actividades y nuestras interacciones cotidianas. No puede ser entonces que podamos vivir de esta manera sirviéndonos de expresiones sin sentido. Lo que sí es cierto es que cuando se intenta hacer filosofía, se utiliza este lenguaje, pero no para desenvolverse en la vida, sino para intentar hacer algo parecido a lo que se hace en las ciencias: describir correctamente hechos del mundo, explicarlos causalmente, y construir teorías acerca de una serie de fenómenos. El problema, entonces, no está en el lenguaje mismo, en que su forma gramatical superficial esconda algo que debiéramos desentrañar, sino en que, en muchos ejercicios teóricos, hacemos un uso inadecuado del lenguaje cotidiano. El lenguaje que utilizamos en la vida diaria hace parte de nuestras actividades cotidianas en las que usamos palabras, aplicamos conceptos, etc. Tales prácticas y nuestro uso del lenguaje son la misma cosa. Pero si sacamos esos conceptos y esas palabras de las actividades donde adquieren sentido, e intentamos hacer con ellas otra cosa, por ejemplo, una teoría similar a las teorías científicas, entonces solamente podemos producir rompecabezas imposibles, galimatías conceptuales, pseudo-teorías y cosas por el estilo.

La filosofía en esta nueva etapa en la vida de Wittgenstein sigue consistiendo entonces en una actividad de cierto tipo, y no en un cuerpo teórico o doctrinal; sólo que ahora no se trata de desentrañar la esencia lógica escondida de las proposiciones, sino de analizar y estudiar el uso de los conceptos a la luz del uso natural que ellos tienen cuando el lenguaje funciona naturalmente, como parte de la actividad práctica de la vida cotidiana. A las reglas de este uso, en diversos contextos y actividades que él llama genéricamente “juegos de lenguaje”, Wittgenstein le da el nombre de *Gramática filosófica*.

Las reflexiones más acabadas de este período fueron elaboradas por Wittgenstein en los años 30 y 40 hasta constituir el texto de su segunda gran obra, publicada póstumamente, las *Investigaciones Filosóficas*. Los manuscritos intermedios y parte de lo que se dejó por fuera de esta obra, constituyen el resto de sus obras conocidas: las *Observaciones filosóficas*, la *Gramática*

filosófica, los textos reunidos en *Cultura y Valor*, las *Lecciones sobre ética, estética, religión*, etc., así como los más elaborados sobre los *Fundamentos de las matemáticas*, las *Lecciones sobre filosofía de la psicología*, entre otros. Casi todas estas publicaciones continúan la costumbre que se inició con el *TLP* de publicar en páginas enfrentadas las reflexiones de Wittgenstein en alemán y su traducción al inglés. Entre las que no siguen esta costumbre están los *Cuadernos azul y marrón*, porque fueron notas de clase de sus alumnos en Cambridge a comienzos de los treinta, o notas dictadas a algunos de ellos.

En 1947 Wittgenstein renuncia a su puesto de Profesor en Cambridge y se retira a vivir, prácticamente solo, como era su costumbre, en Irlanda. En 1949 acepta una invitación de uno de sus más fervientes discípulos, el norteamericano Norman Malcolm, y cruza el océano para visitar Cornell, en el estado de Nueva York. Allí su salud se deteriora y, al regresar en octubre a Cambridge, los médicos le diagnostican un cáncer de próstata. Sabiendo que no le queda mucho tiempo de vida, Wittgenstein comienza a escribir, con ocasión de una corta visita a Viena, siempre en su estilo aforístico, la que muchos consideran su obra más lúcida, *Sobre la certeza*. En ella trabajó hasta dos días antes de su muerte. Esta ocurrió el 29 de abril de 1951, en casa del doctor Bevan, sin que sus más cercanos amigos hubieran podido llegar a tiempo para encontrarlo consciente. No obstante, les alcanzó a dejar un mensaje con la esposa de Bevan, la célebre frase que todos conocen: “Dígales que tuve una vida maravillosa”.

* * *

Se dice, con cierta razón, que en el transcurso de su vida Wittgenstein elaboró “dos filosofías”. En realidad, podemos considerar que su obra completa constituye una especie de itinerario que lo llevó del logicismo al análisis del lenguaje común, de modo que sus dos principales obras, el *Tractatus* y las *Investigaciones Filosóficas*, constituyen más bien respuestas diferentes a las mismas preguntas fundamentales.

Los textos reunidos en este volumen abordan de diversas formas, pero siempre con un criterio didáctico, estas preguntas y temas fundamentales que se encuentran en el conjunto de sus obras: el tema del lenguaje, claro está, el problema de la significación, la concepción de la filosofía como aclaración, el antiesencialismo... En su primera obra, la respuesta pertenece al logicismo más normativo, mientras que en la segunda rechaza toda pretensión de prevalencia de la lógica sobre el lenguaje ordinario.

Como preparación para la lectura de los capítulos que conforman este libro, se exponen y comentan los temas esenciales del pensamiento de Wittgenstein y se ofrece a continuación un esbozo, necesariamente

esquemático y breve, de las ideas centrales de las dos obras que se acaban de mencionar.

El *Tractatus*

Dos textos, uno de Carlos Cardona, “La naturaleza de los aforismos del *Tractatus Logico-Philosophicus*”, y otro de Raúl Meléndez, “Crítica del lenguaje, lógica y ética en el *Tractatus Logico-Philosophicus*”, se ocupan de esta, la única obra publicada en vida de Wittgenstein, desde puntos de vista diferentes.

El *TLP* apareció en 1921 en los *Annalen der Naturphilosophie*, y luego en 1922 en Londres con una traducción inglesa y la introducción de Russell. A pesar de su título impresionante, es una obrita de sólo 75 páginas y ha sido universalmente reconocida como un libro novedoso, profundo y muy influyente. Su escasa paginación —tratándose de un texto filosófico— no le impide recorrer una gama amplia de temas: la naturaleza del lenguaje; los límites de lo que se puede decir; la lógica, la ética, la filosofía; la causalidad y la inducción; lo místico y la muerte; la voluntad y el yo; el bien y el mal.

La pregunta central de *TLP* es: ¿cómo es posible que el lenguaje represente el mundo? Su texto está constituido por aforismos ordenados con la ayuda de una numeración decimal. Según aclaración del autor, la lógica de esta numeración es la siguiente: mientras menos cifras comporta un aforismo, más importancia tiene. Si reunimos los siete aforismos numerados con una sola cifra, obtenemos lo que podría ser el índice de materias de la obra:

1. El mundo es todo lo que acaece.
2. Lo que acaece, el hecho, es la existencia de los estados de cosas (“Proposiciones atómicas”, en la trad. española).
3. La figura lógica de los hechos es el pensamiento.
4. El pensamiento es la proposición con sentido.
5. La proposición es una función de verdad de la proposición elemental.
6. La forma general de una función de verdad es: $\langle p, \xi, N(\xi) \rangle^1$. Esta es la forma general de la proposición.
7. De lo que no se puede hablar, mejor es callar.

Estos aforismos podrían ser distribuidos en cuatro grupos, según que traten del mundo (1-2), del pensamiento (3-4), de la proposición (5-6) o de lo indecible (6-7).

1 ξ es una variable cuyo conjunto de valores —como tal simbolizado por ξ — cubre las proposiciones. Para $\xi = 2$, se tienen dos proposiciones p y q , por ejemplo.

De la distribución de temas podemos obtener un primer esbozo del contenido del texto. Según Wittgenstein, las estructuras lógicas del mundo, del pensamiento y del lenguaje son isomorfas. El pensamiento consiste precisamente en reconocer este isomorfismo. El mundo está constituido por estados de cosas (hechos atómicos) y éstos a su vez son concatenaciones de objetos. A cada nombre corresponde uno y sólo un objeto (y recíprocamente); a cada proposición elemental, uno y sólo un estado de cosas. El lenguaje es entonces la imagen lógica del mundo, y las proposiciones con sentido son figuras lógicas de los estados de cosas que representan. Lo que no se puede representar —lo atinente a lo ético, a lo místico— no puede, pues, ser dicho y, para no violar la lógica de los enunciados, lo mejor es callarlo.

En el *TLP* encontramos a la vez una concepción del lenguaje (referente a su estructura lógica) y una ontología —sobre la estructura lógica del mundo—.

La ontología, planteada a partir del primer aforismo en términos de la estructura lógica de los hechos que conforman el mundo, es aquí lo que responde al problema de la posibilidad del lenguaje. Ella presupone, por supuesto, cierta concepción del lenguaje, sugerida sin duda por la lógica matemática —Frege y Russell—. Resulta así que la lógica es la armazón del lenguaje. Es ella la que nos permite ver cómo debe estar constituido un lenguaje que pueda describir verdadera o falsamente el mundo.

Existe un uso falaz del lenguaje que lleva a formular proposiciones carentes de sentido. Es el caso de las proposiciones filosóficas tradicionales. Pero también es el caso de las proposiciones del propio *TLP*. Carlos Cardona se pregunta en el primer capítulo, ya mencionado, cómo deberíamos entender esta idea, avanzada por el mismo Wittgenstein.

En primer lugar, encontramos, pues, una ontología. Y enseguida, una teoría acerca de las relaciones entre el lenguaje y el mundo: se trata de la célebre “teoría figurativa” (*Picture-Bild-Theory*). Luego un análisis detallado de la estructura del lenguaje. Este análisis se apoya esencialmente sobre la lógica moderna, a la cual, por lo demás, el propio Wittgenstein aportó contribuciones muy importantes —como el método de las tablas de verdad—.

Para Wittgenstein, el mundo no está compuesto por individuos, sustancias, cosas y objetos, sino por “estados de cosas”. Estos estados de cosas constituyen la unidad última del análisis. Cada uno de ellos es una combinación determinada de objetos. Hay que aclarar, sin embargo, que los objetos no tienen existencia por sí mismos; sólo existen en el contexto de los estados de cosas a los cuales pertenecen. La teoría del lenguaje de

TLP, cuyo núcleo es la “teoría figurativa”, afirma que hay una correspondencia estructural entre los estados de cosas y las proposiciones que los describen. Así como el mundo es el conjunto de los hechos, de la misma manera el lenguaje es el conjunto de las proposiciones. Pero los elementos de la proposición no tienen sentido en sí mismos; sólo la proposición tiene sentido, y es solamente en el contexto de una proposición que un nombre designa. El hecho atómico, o estado de cosas, es entonces la contraparte de la proposición elemental. Un signo proposicional elemental está compuesto por signos simples, o nombres. Los nombres están organizados en una estructura proposicional, lo mismo que un estado de cosas es una configuración de objetos. Una combinación de objetos es un estado de cosas. La manera determinada como se combinan estos objetos para formar tal estado de cosas es lo que Wittgenstein llama su estructura (*TLP*, 2.032). La forma del estado de cosas, o hecho atómico, es la posibilidad de su estructura (*TLP*, 2.033).

En el *Diario (D)* que recoge materiales previos a *TLP*, hay indicios anteriores de este problema:

La dificultad que presentaba mi teoría de la representación (figuración) lógica era la de encontrar una conexión entre los signos sobre el papel y un estado de cosas fuera del mundo (...)

Toda mi tarea consiste en aclarar la esencia de la proposición (...).

¡A partir de la esencia de la proposición *no puedo* acceder a las operaciones lógicas individuales!

¡No puedo extraer en qué medida la proposición es la *figura* del estado de cosas!

Estoy casi inclinado a renunciar a todos mis esfuerzos. (*D*, 38-39, 71, 74-75)

La “teoría figurativa” viene a darle una respuesta a estas inquietudes. Se introduce en *TLP* muy temprano: después de haber definido al mundo como la totalidad de los hechos, a los hechos como la existencia de los estados de cosas, y a los estados de cosas como combinaciones de objetos, Wittgenstein establece:

2.1 Nosotros nos hacemos figuras (*Bilden*) de los hechos.

Y comenta enseguida la palabra “figura” —o “imagen”—: la figura representa la existencia y la no existencia de los estados de cosas; ella es “un modelo de la realidad” (*TLP*, 2.12).

La cadena se establece así de manera sistemática: Hechos (*Tatsachen*) → estados de cosas (*Sachverhalten*) → cosas (*Gegenstände, Sachen*). La proposición describe un estado de cosas que puede ocurrir o no ocurrir; si ocurre (si “acaece”) es un hecho, y la proposición que lo describe es verdadera; de lo contrario, es falsa. La proposición es una “figura” (*Bild, picture*); en cuanto tal, constituye ella misma un hecho (*TLP*, 2.141). La correspondencia entre el lenguaje y el mundo reposa entonces sobre un isomorfismo entre dos hechos. Este isomorfismo se puede entender como un isomorfismo entre las estructuras internas, es decir, correspondencia uno a uno entre los objetos y las relaciones que constituyen los dos estados de cosas.

Wittgenstein explica que una figura es un modelo de la realidad (*TLP*, 2.12). La configuración de nombres en el signo proposicional —la “figura”— corresponde a la configuración de objetos en la realidad (*TLP*, 3.21). La figura elemental es la figura de un estado de cosas representado en una proposición elemental. Tal nombre representa tal objeto y tal otro nombre tal otro objeto, de tal manera que su determinada relación —exactamente como una representación “en vivo” de una situación real— representa el estado de cosas constituido por estos objetos (*TLP*, 4.0311).

Hay que aclarar, no obstante, que un nombre no es la figura de su designado, pues él carece de referente por fuera de la proposición (*TLP*, 3.3). La cosa no se puede aprehender como tal, es decir, como absolutamente simple, sino en el seno de la proposición (*TLP*, 2.0121, 2.0122, 2.0124, 2.013, 2.014, 2.02). Las proposiciones “co-ordenan” las cosas en el espacio del mundo. Y esta ordenación es lo que le da *sentido* al conjunto.

La proposición es, así, una “figura” *en sentido literal*. No funciona, pues, como un *nombre* que denota un objeto. La función cardinal del lenguaje, según *TLP*, es por consiguiente una función *descriptiva*. Para precisar esto entremos en la distinción entre el sentido y el valor de verdad de la proposición.

La cuestión del sentido precede a la cuestión del valor de verdad. Para que una proposición pueda ser verdadera o falsa, es necesario ante todo que tenga un sentido. Y el sentido de una proposición es precisamente su capacidad de ser verdadera o falsa, es decir, de describir un estado de cosas que puede o no existir. Las proposiciones describen estados de cosas y si éstos tienen lugar, son verdaderas; en caso contrario, son falsas. No obstante, la *descripción de estados de cosas* no es la única relación de la proposición con la realidad. La comprensión de una proposición, digamos *p*, no reposa sobre su verdad, es decir, sobre la ocurrencia del hecho que ella figura. Este estado de cosas podría darse o no darse y él sigue siendo aquello de que trata *p*, lo mismo que $\sim p$. Es por ello que para

Wittgenstein p y $\neg p$ tienen la misma “significación” (*Bedeutung*). Al decir “está lloviendo”, se comprende no solamente si en efecto está lloviendo, sino si se sabe lo que sucede *si* esta proposición es verdadera (TLP, 4.024). Lo que comprende el interlocutor son las condiciones en que la proposición sería verdadera, en este caso, que si llueve, tal y tal cosa sucede. La “significación”, en este sentido, viene dada por las *condiciones* de verdad, y la verdad que se produce cuando el hecho ocurre no añade nada a la inteligibilidad de la proposición.

Si bien p y $\neg p$ tienen el mismo “significado”, no tienen el mismo *sentido* (*Sinn*) (D, 161). Cada una expresa lo contrario de la otra (TLP, 4.062). Esta noción de “sentido” debe entenderse en estrecha conexión con otra noción básica de TLP, la de *forma lógica*.

Esta es la noción central de la teoría figurativa. Lo que hace que una figura sea efectivamente una figura, o imagen, de lo que representa, es que posee un elemento en común con lo representado. Este elemento común es lo que Wittgenstein llama, curiosamente, “*la forma lógica de la representación*”.

Podemos explicar esta noción con ayuda de la noción de *estructura*. La correspondencia entre la imagen-figura y lo que representa es una correspondencia estructural; más exactamente, es un *isomorfismo de estructura*. Con todo, si hay isomorfismo entre dos estructuras, hay algo que tienen en común, a saber, una forma: el isomorfismo puede ser interpretado como una identidad de forma. Sólo que esta forma no puede ser expresada en una especie de super-proposición. La proposición representa un estado de cosas, pero no representa lo que tiene de común con él, la forma lógica. Es por eso por lo que se dice que la proposición es una “figura” en *sentido literal*: al describir, *muestra, o deja ver, pero no dice*, la forma lógica que comparte con lo descrito. Con respecto a esto, Wittgenstein es muy explícito:

4.12 La Proposición puede representar toda la realidad, pero no puede representar lo que debe tener en común con la realidad para poder representarla, la forma lógica.

Para poder representar la forma lógica, deberíamos poder situarnos con la proposición fuera de la lógica, es decir, fuera del mundo.

Ahora bien, si la proposición no “dice” la forma lógica, sí puede *mostrarla*:

4.022 La proposición *muestra* su sentido.

La proposición, si es verdadera, *muestra* cómo son las cosas, y *dice que* las cosas son así.

Pero el sentido de la proposición es precisamente lo que hace que ella pueda corresponder a un estado de cosas. Por lo tanto, lo que tiene de común con un estado de cosas posible es la “forma lógica”. Decir que la proposición *muestra su sentido*, es entonces decir que la proposición muestra la forma lógica. La muestra, es decir, la “deja ver”, pero no la representa.

Los textos mencionados de Cardona y Meléndez contienen dos maneras muy diferentes de entender esta idea lo cual, valga decirlo, nos “muestra” las dificultades inherentes a ella. Ambos, sin embargo, concuerdan en algo que es esencial, aunque a partir de allí difieran en cuanto a la interpretación de este núcleo: en *TLP* encontramos una concepción del lenguaje en términos de *límites*.

En efecto: *si* toda proposición con sentido se analiza de una sola manera en proposiciones elementales, y *si* toda proposición elemental es la figura (imagen) de un hecho atómico, *entonces* las proposiciones complejas cuyos elementos últimos no sean figuras o imágenes elementales carecen de sentido. Toda proposición que *no sea descriptiva* o no sea una concatenación lógica de proposiciones descriptivas, carece de sentido. Lo cual quiere decir que el único lenguaje que posee legitimidad para hablar del mundo es el lenguaje descriptivo de las ciencias naturales. Los lenguajes filosóficos, éticos, teológicos, etc., son lenguajes desprovistos de sentido. No falsos, sino carentes de sentido cognoscitivo.

Aquí cabe la distinción esencial que introduce Wittgenstein entre “decir” y “mostrar”: la proposición *muestra* su sentido; ella no puede *decirlo*, representarlo. La proposición exhibe la forma de la figuración, pero no puede expresarla, representarla. Por consiguiente, no hay proposiciones de segundo grado que digan el sentido presente en las proposiciones descriptivas, o de primer grado. Ahora bien, la filosofía, sobre todo en sus formas esencialistas, es un lenguaje de este tipo. Ella pretende decir las formas. Así pues, según *TLP*, carece de sentido. Las únicas proposiciones que tienen sentido son las de las ciencias naturales, que describen los estados de cosas que constituyen el mundo y que corresponden, por ello, a los estados de cosas realizados; y las proposiciones formales de la lógica, que son tautologías, es decir, que son verdaderas en virtud únicamente de su forma (siempre verdaderas), y las de las matemáticas, que se reducen a la lógica (*TLP*, 6.2: “*las matemáticas son un método lógico*”).

En la interpretación de Cardona se subraya el hecho de que, aunque las proposiciones de la filosofía carecen de sentido, ésta tiene una función:

servir para la “*aclaración lógica del pensamiento*”. Las condiciones del pensamiento son las condiciones del lenguaje: “4. *El pensamiento es la proposición con sentido*”. La aclaración lógica del pensamiento es entonces la aclaración lógica del lenguaje. Las condiciones que se establecen de este modo se refieren a la estructura misma del lenguaje, y no a los hechos. Son, pues, de naturaleza lógica. Al clarificar las condiciones del lenguaje nos damos cuenta de que las proposiciones filosóficas en sentido tradicional carecen de sentido. Se puede decir entonces que el único papel admisible para una filosofía, según *TLP*, es el de hacer ver el sinsentido de las proposiciones filosóficas.

Estas proposiciones cumplen una función: hacer reconocer los límites del lenguaje, y por ello mismo los límites del mundo. E, *ipso facto*, hacer ver el mundo como tal —y sus límites—. La teoría del sentido conduce a una teoría de los límites.

Este es el aspecto que, en cambio, subraya Meléndez. Los límites de los que se trata aquí son los límites de lo que es decible, de lo que es expresable. Sin embargo, hay también lo inexpresable: aquello que Wittgenstein designa con el término genérico de “*lo místico*” (*TLP*, 6,522).

Aparentemente, es en términos de “límite” como podemos reinterpretar las nociones de “sujeto” y de “ética”, por ejemplo. El sujeto, hablando propiamente, no pertenece al mundo, sino que más bien constituye un “límite del mundo” (*TLP*, 5.631, 5.632).

En cuanto a la acción ética, ella no consiste en cambiar nada en el mundo, sino en cambiar los límites del mundo.

Las Investigaciones Filosóficas

El capítulo de Magdalena Holguín, “Wittgenstein: la lógica de la ilusión”, permite hacer el puente entre *TLP* y las *Investigaciones Filosóficas* (*IF*) al establecer una continuidad entre estas dos obras relativa al deseo de Wittgenstein de establecer una ruptura con la forma tradicional de hacer filosofía. En ambos textos Wittgenstein desarrolla un método destinado a aclarar la lógica de nuestro lenguaje. Pero el modo como lo hace en el segundo de ellos difiere radicalmente del primero.

En efecto, en las *IF* Wittgenstein elabora una concepción filosófica que comprende en gran medida una crítica del *TLP*. Sin embargo, la relación de continuidad entre las dos obras es innegable, aunque sólo sea por la continuidad de sus temas fundamentales: el problema de los límites, la tarea de la filosofía como aclaración, la crítica de la metafísica. El mismo autor deseaba que sus dos obras fueran publicadas juntas, la una después de la otra.

El *TLP* planteaba un lenguaje lógico, el único con sentido, cuya función era exclusivamente descriptiva. Ahora, en las *IF*, Wittgenstein introduce la idea de una relatividad esencial del lenguaje con la noción de *juego de lenguaje*.

De las numerosas críticas al *TLP* que se encuentran en las *IF*, mencionemos brevemente sólo dos: una crítica a la concepción descriptiva del lenguaje y otra a la tesis extensional.

Según el *TLP*, las proposiciones con sentido tienen un carácter descriptivo. Pero según la concepción de los *juegos de lenguaje* desarrollada en las *IF*, existe una gran variedad de formas de lenguaje. El lenguaje descriptivo no es más que una forma entre otras.

La tesis del extensionalismo plantea que toda proposición compleja debe ser considerada como una función de verdad de sus elementos. Ahora bien, hay proposiciones complejas que no son funciones de verdad, en el sentido de que su valor de verdad no es función únicamente de los valores de verdad de las proposiciones que la componen. Por ejemplo, las proposiciones que utilizamos cuando damos órdenes, hacemos preguntas, etc. Esto quiere decir que no todas las proposiciones son *imágenes, o figuras lógicas* de la realidad. Y si esto es así, la teoría de la extensionalidad no puede sostenerse, simple y llanamente porque el lenguaje ya no es *la imagen lógica del mundo*.

Wittgenstein se sentía realmente incómodo con la concepción figurativa de la proposición y con la concepción del lenguaje como una “figura” de la realidad:

Ciertamente, si el agua hierve en la olla, sale el vapor de la olla y también la figura del vapor de la figura de la olla. ¿Pero cómo, por así decirlo, alguna cosa debería hervir en la figura de la olla? (*IF*, 297)

La concepción figurativa fue el resultado de la búsqueda de *la* forma lógica de la proposición, de aquello que sería “esencial” en el lenguaje y que explicaría su relación con la realidad. Pero ¿y si no existiera algo así como *la* forma lógica? ¿Si *el* lenguaje, o *la* proposición no fueran más que ilusiones?

Las *IF* plantean muy temprano una concepción diferente del lenguaje:

Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejuelas y plazas, de casas viejas y nuevas, y de casas con anexos de

épocas diferentes; y todo esto rodeado de una cantidad de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes. (*IF*, 18)

31

La creencia, subyacente en el *TLP*, de que la variedad sin fin de usos del lenguaje es desorientadora, y de que bajo esta diversidad debería esconderse algo así como una “esencia” unificadora que habría que descubrir con la ayuda de la filosofía, es una ilusión. No hay en realidad ninguna arquitectura uniforme subyacente al lenguaje; tenemos que entrar en él y visitarlo como a una de esas antiguas ciudades, recorrer sus callejuelas, recrearnos en sus plazas, admirar la diversidad de sus construcciones. El lenguaje común, el que empleamos todos los días, contiene una diversidad de formas, y la descriptiva no sólo no es la única, sino que ni siquiera parece ser la más importante. A decir verdad, el lenguaje común “es perfecto”. Si esto es así, la actividad filosófica debe consistir en analizar el *uso* de las expresiones lingüísticas en diferentes “juegos de lenguaje” con el fin de formular su *Gramática*. El lenguaje extrae ahora su sentido de la actividad humana en la cual ocurre (*IF*, 15).

Alfonso Flórez, en su ensayo “Juegos de lenguaje y significado”, hace una presentación de este concepto, uno de los más célebres de la obra wittgensteiniana, mediante su contrastación, que proviene del propio filósofo vienés, con la teoría clásica de la significación, la cual se remonta a Agustín. Para una cabal comprensión de este texto es conveniente disponer de una idea general de lo que se entiende por “juego de lenguaje”.

Si no es la lógica la que nos da las reglas del lenguaje común, si ella no explica la relación con la realidad, si la fuente de la significación está en el uso, ¿cómo nos da el uso las reglas y cómo establece así la relación con la realidad? La respuesta la encuentra Wittgenstein en la noción de “juego”. El lenguaje se utiliza como se juegan los juegos, y los juegos tienen sus propias reglas. Sin ellas, no serían ni juegos, ni nada; y hay múltiples juegos porque hay múltiples reglas y múltiples usos posibles de los elementos del juego. El establecimiento de la correspondencia con la realidad es ya un juego de lenguaje, pero no es el único. La misma explicación del “significado” de una palabra es lenguaje y, por ende, presentación de un juego de lenguaje que permite saber de qué se está hablando —de ahí que la ostensión no pueda considerarse la forma privilegiada, y menos única, de acceso a las significaciones—. De hecho, el primado del uso como criterio de sentido implica que la relación con la realidad no es necesariamente una relación de *referencia*. También es posible, por ejemplo, expresar una intención, una expectativa, una sensación, etc.

En el *TLP*, el objeto se definía como el punto de llegada último del análisis en cuanto era lo que se encontraba de múltiples formas en los estados de cosas que lo insertaban en un contexto de posibilidades (*TLP*, 2.014). Paralelamente, el nombre podía insertarse en gran número de proposiciones. Ahora, la plurivocidad viene asegurada por el uso, el cual remite a los diversos juegos de lenguaje posibles. Cada juego tiene sus reglas, su gramática, su sintaxis, sus operaciones. Los “movimientos” autorizados son en cada caso usos posibles, sentidos eventuales diferentes.

Wittgenstein utiliza la expresión “juego de lenguaje” en numerosos contextos, y no siempre de manera unívoca. Las características esenciales que quiere poner de presente con el uso de esta expresión son las siguientes:

1. El lenguaje es una forma de actividad ligada a la vida de los hablantes.
2. El lenguaje es en cierto modo un instrumento, un medio, pues hablar una lengua consiste en emplear símbolos según reglas definidas y con un propósito preciso.
3. El lenguaje es una estructura compuesta por entidades funcionales muy diferentes (signos, acciones, objetivos, motivaciones).

El lenguaje es entonces considerado ahora por Wittgenstein como una realidad indisolublemente ligada a la vida y a la acción de una comunidad lingüística.

Lo anterior explica también que la comparación del lenguaje y el juego de ajedrez sea recurrente en las *IF*. La significación de una pieza del ajedrez es su rol, o su *función* en el juego (*IF*, 563); la de la palabra, es su *uso*, su función en el juego de lenguaje (*IF*, 43). El sentido de un signo lingüístico no es un objeto independiente: es relativo a una manera de hablar. La única forma de circunscribir el sentido de una palabra es estudiar las maneras como es utilizada en juegos de lenguaje concretos.

Al preguntarse qué pueden tener en común todas esas actividades para merecer el nombre común de “juego de lenguaje”, Wittgenstein entra en el corazón de la analogía. ¿Acaso estamos nuevamente hablando de la “esencia” del lenguaje? ¿Estamos encontrando un punto común a todos los juegos? ¿Y qué sería esa “esencia”, ese punto común?

No hay ninguna esencia, en realidad. No es posible definir un juego de lenguaje ni enumerar con precisión los principales rasgos comunes de esos juegos. Ninguna característica es compartida por todos. Su comunidad proviene únicamente de un *parecido de familia*. Los miembros de una misma familia rara vez tienen la misma nariz, o los mismos ojos,

pero sin embargo comparten generalmente un mismo aire de familia que permite reconocer a los hermanos y hermanas. Lo mismo sucede con los juegos de lenguaje.

La idea de un lenguaje estructurado como juego sugiere tales “parecidos de familia” entre las maneras de utilizar el lenguaje. Los conceptos tienen sentidos diferentes debido a los diferentes usos que reciben en cada juego de lenguaje, pero el hecho es que se utiliza muchas veces el mismo concepto para usos diferentes. Esto es un signo de que existe algún “parecido”, alguna semejanza en esos usos. Mientras más abstracta y general sea una palabra, más susceptible será de tener usos alejados entre sí. Por ejemplo, no se puede decir que haya ciertas y determinadas características comunes a todas las cosas que llamamos “juego”. Pero tampoco se puede decir que la palabra “juego” posee muchas significaciones, diferentes entre sí, independientes las unas de las otras. Llamamos “juegos” a diversos procesos emparentados entre sí de diversas formas, entre los cuales hay multitud de “transiciones”. Como los juegos, el lenguaje estaría por consiguiente determinado por reglas, pues todo juego se juega según reglas determinadas. Y con estas reglas se constituye una “*gramática de los juegos de lenguaje*”.

Wittgenstein emplea el término “gramática” de una manera poco habitual. Pero esto está muy lejos de constituir una introducción de un lenguaje específico para desplazar al lenguaje ordinario. La filosofía, en su opinión, “*no puede tocar el uso real del lenguaje*” (IF, 124), sólo puede describirlo. De lo que se trata, más bien, es de hacer ciertas “reformas” con sentido netamente profiláctico, con el fin de “*prevenir malentendidos en el uso práctico*”. De hecho, las expresiones típicas de las *Investigaciones*: juego de lenguaje, gramática, proposición gramatical, deben considerarse como invenciones terminológicas que no afectan en nada al lenguaje ordinario. Son solamente herramientas elaboradas con miras a la descripción del funcionamiento de nuestro lenguaje cotidiano.

Todo lo que Wittgenstein dice de la gramática converge: todo enunciado gramatical debe ser considerado como una aseveración a propósito de un uso conceptual:

- De una cosa, la gramática nos dice qué tipo de objeto es (IF, 373).
- La esencia se expresa en la gramática (IF, 371).

Dicho de otra manera, lo que se dice (lógicamente) posible y lo que no lo es —a saber, ¿lo que ella tolera?— depende enteramente de nuestra gramática.

Efectivamente, si queremos explicarle a alguien lo que es un juego de solitario, podemos decirle que la palabra “solitario” se refiere a los juegos de cartas que uno juega solo. Pero igualmente podemos decirle: “*Los solitarios se juegan solo*” (IF, 248).

Este enunciado hace una aseveración a propósito de una clase de juegos de cartas, es decir, a propósito de usos concretos Y, al mismo tiempo, expresa las reglas de uso de la palabra “solitario”. El propio Wittgenstein establece esta relación: “«Toda varilla tiene una longitud» significa aproximadamente: llamamos a algo (o a aquella cosa) «la longitud de una varilla» pero no llamamos a nada «la longitud de una esfera»” (IF, 251). Wittgenstein da otros ejemplos de enunciados gramaticales:

- Este cuerpo tiene una extensión (IF, 252).
- Las sensaciones son privadas (IF, 248).
- El otro no puede experimentar mis dolores (IF, 253).

Un enunciado gramatical, pues, expresa a la vez una o varias reglas de lenguaje y alguna(s) característica(s) fundamental(es) de los conceptos que aparecen en el enunciado: la gramática expresa la manera como son los objetos, las propiedades que sería impensable que no tuvieran *en el marco del juego de lenguaje considerado*. Esta cualificación es crucial, pues las proposiciones gramaticales no describen el mundo, pero tampoco la “esencia” de las cosas: son siempre relativas a la función que cumplen en un juego de lenguaje determinado.

La *ontología* de la segunda filosofía de Wittgenstein encuentra pues su expresión en los enunciados gramaticales que de alguna manera desempeñan un papel análogo al de las tautologías en el *TLP*. Una tautología es un enunciado cuya negación es una contradicción. Paralelamente, lo que caracteriza a los enunciados gramaticales es que, *en el marco del juego de lenguaje que les confiere una significación*, no podríamos representarnos lo contrario de lo que dicen.

¿Queremos decir cuando decimos: “Yo no puedo representarme lo contrario de esto”? Por ejemplo, cuando alguien ha dicho que mis representaciones son privadas, o que solamente yo puedo saber si experimento un dolor, y otras cosas por el estilo.

Naturalmente: “yo no puedo representarme lo contrario” no quiere decir aquí: mi potencia imaginativa no es suficiente. Con estas palabras, nos defendemos de algo cuya forma hace que se parezca a una proposición empírica, cuando en realidad se trata de una proposición gramatical.

¿Pero por qué decimos: “no puedo representarme lo contrario”?
¿Por qué no más bien: “no puedo representarme lo que usted dice”?

Ejemplo: “Toda varilla tiene una longitud” significa aproximadamente: llamamos a algo (o a aquella cosa) “la longitud de una varilla” pero no llamamos a nada “la longitud de una esfera”. ¿Pero acaso puedo representarme que “toda varilla tiene una longitud”? Pues bien, yo me represento una varilla, y eso es todo. Solamente, esta imagen, en unión con esta proposición juega un papel enteramente diferente de una imagen empleada en unión con la proposición: “esta mesa tiene la misma longitud que aquella”. Pues aquí, yo comprendo lo que significa hacerse una imagen de lo contrario (y no debe ser una imagen de representación (*Vorstellungsbild*)).

Pero la imagen recostada a la proposición gramatical sólo puede, si se quiere, decir lo que se llama “la longitud de una varilla”. ¿Y cuál sería la imagen opuesta? (*IF*, 251)

En el *TLP*, las tautologías, o proposiciones *a priori* de la lógica, expresan la esencia del mundo. La ontología es una ontología relativa al único lenguaje signifiante: el lenguaje científico. La construcción del mundo, su inteligibilidad, estaba así regulada por la arquitectura lógica del lenguaje. En las *Investigaciones*, la inteligibilidad del mundo es también relativa al lenguaje, pero ahora el lenguaje es plural: cada juego de lenguaje tiene su ontología (parcial) propia. Las proposiciones gramaticales (de las *IF*), aunque necesarias, no son *a priori* en el mismo sentido en que lo son las tautologías, pues ellas dependen de las *formas de vida* en las que cobran sentido. Se puede decir que expresan, no exactamente la “esencia” del mundo, sino su inteligibilidad *con respecto al juego de lenguaje* que rigen, es decir, relativamente a las actividades que dichas proposiciones hacen intervenir.

En muchas filosofías la ontología se elabora sin ninguna referencia al lenguaje. Las estructuras ontológicas son, o enteramente independientes del hombre, o constituidas por la razón humana. Según estos dos puntos de vista —y todos los intermedios entre ellos—, el conocimiento ontológico se refiere a una objetividad no lingüística.

Ahora bien, como para Wittgenstein la construcción de los conceptos que utilizamos para referirnos a objetos se hace en los juegos de lenguaje, es decir, es efectuada por las actividades lingüísticas y en las actividades no lingüísticas de los hablantes, el análisis del uso de las palabras constituye un acceso privilegiado a la forma como estructuramos conceptualmente los objetos y el mundo. Para Wittgenstein, pues, lo que

desde otros enfoques se puede llamar “ontología implícita” se refiere a una actividad constituida por el lenguaje: el mundo no es inteligible sino *en y por* el lenguaje, tal como lo utilizamos.

Para tener una comprensión más cabal de estas concepciones wittgensteinianas es necesario proceder como el propio Wittgenstein procedió: mirar en aplicaciones particulares el sentido de lo que se está sosteniendo. En su caso, hay dos ámbitos a los cuales prestó una atención más particular y en los cuales es posible encontrar la aplicación más acabada de su método de análisis filosófico posterior al *TLP*: el de la filosofía de la psicología, o análisis de las expresiones psicológicas, y el de la filosofía de las matemáticas.

Del primer tema se ocupan los ensayos de Felipe Castañeda, “Ver un pato y ver un pato como liebre: Wittgenstein y la interpretación”, y de Jaime Ramos, “Confusiones gramaticales acerca de lo mental”. El primero se ocupa más específicamente del juego de lenguaje en el que hablamos de la percepción, mientras que el segundo aborda de manera general las expresiones psicológicas, es decir, el juego de lenguaje en el que hablamos de lo mental.

El interés de Wittgenstein por este tipo de expresiones proviene del papel crucial que parecen tener en la configuración de algunos de los problemas filosóficos más clásicos. En efecto, en las discusiones filosóficas proliferan toda suerte de “enigmas” (*puzzles*) como los siguientes:

1. La mente como una *cosa mental* que se pone en conexión de cierta manera con ciertas especies de organismos físicos.
2. El subconsciente como una región especial de la cosa mental, que se reconoce como “mente”.
3. La memoria como otra región de la mente, que cubre quizás en parte a la precedente, como una especie de “bodega”, o “almacén”.
4. Una proposición como una entidad fantasmagórica aprehensible por la mente y expresable en frases.
5. La significación de una palabra como una especie de “sombra”, un “halo” o “atmósfera” que rodea a la palabra.
6. La bondad como una propiedad no-natural (es decir, no susceptible de ser captada por los sentidos) de ciertas cosas, situaciones, acciones o personas.

El origen de todas estas dificultades, o enigmas, se encuentra en el hecho simple de que nos equivocamos acerca del modo como funciona el lenguaje. Lo que hay que examinar es cuál es el *uso* que damos a las palabras. En lugar del término “uso”, Wittgenstein utiliza también otros

términos: función, objetivo (*aim*), propósito (*purpose*), oficio (*office*), papel (*role*), empleo (*employment*). Estos diversos términos no son idénticos, pero es ciertamente el término *uso* el que hay que considerar como fundamental.

Del segundo tema, el de la filosofía de las matemáticas, se ocupan los otros dos ensayos de Carlos Cardona y Raúl Meléndez, titulados respectivamente “Wittgenstein: del atomismo al holismo lógico”, y “Gramática de las proposiciones matemáticas”.

En el primero de ellos, Cardona, por decirlo así, se sirve de algunas observaciones de Wittgenstein a propósito de las proposiciones matemáticas para ilustrar lo que para él es un cambio, tanto de perspectiva como de estrategia, en la tarea filosófica de aclaración que, sin embargo, es común al *Tractatus* y a las *Investigaciones*, y que él caracteriza como transición “del atomismo al holismo lógico”.

El ensayo de Meléndez, en cambio, es una presentación del trabajo de elucidación de la gramática de las proposiciones matemáticas como ilustración, o ejemplificación, de la concepción wittgensteiniana de la filosofía como actividad descriptiva y, en un sentido muy preciso, “terapéutica”.

Finalmente se presentan en este volumen dos ensayos que abordan conceptos difíciles de precisar pero que cumplen en la obra de Wittgenstein un papel crucial: los conceptos de “forma de vida” e “imagen del mundo”. En su ensayo sobre “La noción de imagen del mundo”, Juan José Botero intenta una presentación sistemática de esta noción y de sus relaciones con las de “juego de lenguaje” y “forma de vida” tal como aparecen utilizadas por Wittgenstein en su última obra, *Sobre la certeza*. Por su parte, Jorge Aurelio Díaz, en “Wittgenstein y la religión”, ofrece una ilustración de la utilización, por parte de Wittgenstein, de estas nociones a propósito del planteamiento de uno de los problemas clásicos de la filosofía de la religión, a saber, el de las relaciones entre la fe religiosa y la razón.

No quiero terminar sin hacer una breve observación, en un tono deliberadamente polémico, por lo demás.

La obra de Wittgenstein es ciertamente seductora, pero si hay algo que contradiga la labor de toda una vida de este autor son los intentos por hacer de manera deliberada filosofías seductoras. Es decir, por intentar hacer pasar ideas filosóficas gracias a la seducción de ciertas fórmulas retóricas y de discursos de encantamiento. Precisamente, su aparente afán por disolver los problemas filosóficos se opone por completo al afán por

perpetuarlos mediante el expediente de plantearlos como insolubles *per se* y asegurar así la “perennidad de la filosofía”.

Sin embargo, sería un error, me parece, considerar a Wittgenstein como una especie de enemigo de la filosofía o, como se ha llegado a decir, como un “anti-filósofo”. Todo lo contrario: su trabajo es eminentemente filosófico, pues es filosóficamente como hay que buscarle solución a los problemas filosóficos. Se ha extendido demasiado, me parece, la fórmula según la cual los problemas filosóficos son en realidad pseudo-problemas, y por consiguiente lo recomendable es dejar de perder el tiempo con ellos, y dedicarnos a otra cosa. Y se atribuye esta idea a Wittgenstein. En demasiados escritos encontramos la idea, de apariencia liberadora, según la cual después de Wittgenstein asistimos al “fin de la filosofía” y a su reemplazo por otra cosa, llámese estudios culturales, crítica literaria, o estudios de género. Cualquier cosa, menos filosofía. A esta distorsión se la alimenta con una interpretación superficial de la crítica que hizo Wittgenstein de su primera obra, el *TLP*. Según esta exégesis superficial, Wittgenstein habría demostrado el carácter fragmentario, innecesario y en muchas ocasiones dañino de la lógica y la matemática. La ciencia, la lógica y la matemática se ven reducidas a opciones políticas, en general catalogadas precisamente como las peores opciones políticas. No tengo espacio ni interés para criticar a fondo esta clase de interpretaciones. Solamente quiero llamar la atención, a modo de prevención, sobre estas lecturas superficiales, a las cuales está sometida la obra de todo autor que finalmente llegue a ser influyente e importante. El pensamiento de Wittgenstein no es fácil, y si lo hemos de considerar, como lo considero yo, uno de los grandes filósofos de todos los tiempos, tenemos que empezar por respetarlo dedicándole el tiempo y el trabajo que una obra de semejante envergadura se merece.

Mi esperanza, y la de los autores participantes en este volumen en homenaje a Wittgenstein, es que los textos aquí reunidos susciten al menos en algunos de sus lectores el deseo de conocer mejor y con mayor profundidad la obra de este pensador excepcional, del cual sin duda puede decirse que su pensamiento no ha sido aún completamente comprendido y que sus lecciones no han sido totalmente asimiladas por los filósofos actuales.